

## **ELOGIO DE DON TUITO<sup>1</sup>**

Cada vez que mis recuerdos de infancia se agolpan a la mente recurren a ésta, invariablemente, dos personajes. En verdad, un personaje y un escenario. El escenario es Salamanca de Monterrico, simpática urbanización de clase media donde se desarrolló toda mi infancia y buena parte de mi juventud. El personaje es el famoso don Tuito, como con respeto y casi veneración lo llamábamos toda una legión de muchachos a mediados de los años 70.

Siempre he sentido una enorme deuda con él por su nobleza y generosidad para con los jóvenes. A pesar de que alguna vez intenté vanamente organizar un homenaje público, jamás pude transmitirle directamente los sentimientos que me infundía. Sin embargo, estoy seguro, él supo siempre sobre ese silente cariño que le tributaron durante años toda una generación de chicos que jugábamos apasionadamente al fulbito. Esta breve semblanza tratará de cumplir, al fin, con esta antigua deuda de honor y amor que cargo desde hace más de 30 años.

Su nombre verdadero es Augusto Pérez Carmelino. Era alto, de tez blanca y de contextura delgada. Exhibía un frondoso bigote y unas patillas prominentes y peculiares, tipo Miguel Grau. Al final de sus días le era difícil reconocer a la gente por ser un consumado corto de vista. Por su aspecto físico, quizás también por su innata caballerosidad, fino altruismo y altura de propósitos, algunas veces le vi un cierto parecido con El Quijote. Su nombre de cariño sospecho derivaría de su nombre de pila. A juzgar por algunos comentarios, provenía de una conocida y antigua familia de altos oficiales militares, ligada a los Salmón, entre otros.



---

<sup>1</sup> Una primera versión de este artículo fue publicado en el libro "Historia de Salamanca de Monterrico". Lima. 2012, de Francisco León. Asimismo, ha sido reproducida en varias paginas webs.

Nadie acaso puede asegurar cuándo apareció en la vida de los muchachos peloteros del barrio. Andaría ya por un poco más de sus 50 años cuando tuve la fortuna de cruzarme en su camino. Él auspiciaba y ejecutaba las competencias deportivas de los que estábamos entonces en la categoría de mini calichín y luego pasamos a la superior de calichin para terminar en la infantil. Con mesurada emoción y perseverancia espartana organizó los primeros grandes campeonatos en la mítica “canchita” de fulbito José Olaya de la 4ta. etapa. Allí sobre la loza de cemento blanco se enfrentaban en duro combate todos los equipos de Salamanca, Recaudadores, Olimpo, y urbanizaciones de los alrededores. Todo en un marco de fiesta y algarabía general.



*Canchita de Salamanca*

De todos los múltiples equipos que apoyaba y lo respetaban sin distinción, Milán, Chabelo, Angamos, Bilbao, etc, su corazón estaba ciertamente con el de nosotros: los *Dragones Reales* y su formación alterna *Dexa Dragones* que él creó para que no haya nadie que se quedara sin jugar. La recordada camiseta era de color amarillo con bordes negros. Don Tuito era nuestra alma y el guía indiscutible. Proporcionaba las camisetas, armaba el cuadro, definía la estrategia, alentaba y aconsejaba en el juego y luego de éste, y prestaba también las canilleras. Previamente, nos entrenaba con una dedicación propia de un benévolo padre. Al final, cuando lográbamos campeonar – lo que por algún tiempo sucedía con cierta frecuencia -, elevaba por derecho propio, sobre su cabeza, la copa vencedora.

Pero su labor iba mucho más allá que la del desinteresado promotor de campeonatos. Si ello no fuese así su recuerdo no hubiese permanecido. Al mando de un simpático micro de su propiedad, de color verde agua, de la línea Miraflores-Barranco nos recogía, llevaba y orientaba en eventos deportivos que se llevaban a cabo en distintas partes de Lima y Callao. Gracias a él pude conocer y jugar inolvidables partidos en el Circolo Sportivo Italiano, el Miraflores Fútbol Club, Lima Cricket, Lawn Tennis, La Molina y en canchas privadas en Chaclacayo, San Isidro y muchas más.

Por medio de estas competencias y por sus sabios consejos, no solo nos inculcaba el amor a la disciplina y al sano deporte, si no que (ahora en perspectiva lo veo más claro) nos arraigaba el desprecio por las drogas, que ya por entonces hacían dolorosos estragos entre los adolescentes.

El grande don Tuito jamás cobró dinero alguno por sus invaluable servicios. Incluso cuando un jugador en una pelota dividida sufría una lesión, sacaba prestamente un maletín y aplicaba inmediatamente el unguento reparador y el bálsamo adecuado. Colocaba las vendas y asumía, sin decir a nadie, los gastos médicos. Pienso que él se sentía suficientemente gratificado por el inmenso cariño de sus muchachos y el profundo respeto de sus padres; entre éstos el mío, que aún lo aprecia pensando acaso que esa permanente labor tutelar le correspondía a él mismo.

Aunque la vida no le pudo dar hijos y esposa, disfrutó la íntima felicidad de hallar en la muchachada pelotera los hijos que nunca tuvo y descubrir con ellos su profunda vocación de servicio. Su vida encontró así un sentido trascendente y social; y además útil, para él y para muchos.

Solía celebrar nuestros cumpleaños con una decorada torta que compraba invariablemente en la pastelería Monserrat de El Olivar de San Isidro (que hasta apenas algunos años atrás seguía en pie exactamente en el mismo sitio). Recuerdo con sorpresa aquella tarde de mi santo cuando una muchedumbre de chibolos, comandados por don Tuito, quien llevaba la torta, se apareció en mi casa para festejar el acontecimiento.



*Pastelería Monserrat*

Cuando en los 80, estando ya en la Universidad y bastante alejado del barrio, me enteré de su fallecimiento dejé inmediatamente todo y corrí a su velorio. Allí confundido entre un mar humano de jóvenes y de viejos le

puede dar en silencio y con fervor íntimo, como muchos otros, las gracias por su bondad.

Cuando en ocasiones la vida se pone dura y mezquina y advierto que la gente se preocupa solamente por tener y acumular dinero y poder, me sale al paso su noble figura. Un hombre sencillo y sano que encontró en la desinteresada entrega a los chicos la verdadera vocación de su vida. Por eso, porque hizo lo que su corazón le ordenó, estoy convencido, pudo alcanzar finalmente la felicidad y la gloria del reconocimiento unánime de la comunidad.

Nunca lo noté enojado, ni tampoco lo hallé en trance de polemista. Siempre andaba sereno, tranquilo y conciliador; y sobretodo apaciguador cuando en el fragor de los campeonatos alguien pretendía mostrar algún acto infraterno o un hecho de violencia.

Ahora yo que ya me aproximo a los 50 años, la edad en la que él comenzó su magisterio social, lo evoco y preparo estas líneas para que se conozca en el mundo entero que los hombres buenos existen. Que yo tuve la suerte de conocer uno. Y lo hago hoy con el mismo aprecio o mayor aún, del que me animaba cuando era apenas un imberbe. ***¡ Gracias don Tuito, donde quiera que estés ¡***. Ahora que ya tienes un parque en tu honor en tu Salamanca de siempre, recibe este modesto homenaje de mi parte y de los de mi generación que crecieron con tu inolvidable ejemplo.